

---

BALAGUER GARCÍA, ESMERALDA

*Los límites del decir. Razón histórica y lenguaje en el último Ortega*, Madrid, Tecnos, 2023, 240 pp.

En 1932 algo aconteció en la trayectoria intelectual de José Ortega y Gasset. Fue entonces cuando comenzó la llamada “Segunda

navegación”, concepto que él mismo acuñó en el “Prólogo a una edición de sus *Obras*”, publicadas ese mismo año, para definir una nueva etapa en su trayectoria. Desencantado ante las cosas de la vida (o, más bien, de la vida pública tras su breve paso por el parlamento), en 1932 Ortega decidió alejarse de la política para centrarse en sistematizar su filosofía y abandonar el periódico como medio de transmisión de sus ideas para decantarse por el libro. Porque, como si de una falla se tratara, a Ortega se le tachaba de dotar a sus escritos de un “profundo tono literario y metafórico” (p. 33), o lo que es lo mismo, de pecar de poco estructurado en sus planteamientos filosóficos. ¿Son acaso literatura y filosofía disciplinas irreconciliables? ¿Son irreconciliables cuando uno de los primeros sabios que definió la poesía fue Aristóteles o cuando una de las clasificaciones más exhaustivas de los géneros literarios fue la planteada por Hegel? El propio Ortega se debatió entre su ser filosófico y su ser literario y sintió desde joven un profundo interés por la Filología. Por eso, en su segunda navegación, cuando decidió guardar silencio político y sistematizar su filosofía, decidió también detenerse en el estudio del lenguaje, trazando lo que denominó la Nueva Filología.

En *Los límites del decir. Razón histórica y lenguaje en el último Ortega*, Esmeralda Balaguer nos propone adentrarnos en este concepto, no demasiado estudiado en la bibliografía orteguiana. Se vale para ello de tres únicos capítulos, divididos, a su vez, en breves epígrafes, además de un prólogo introductorio; y es en el segundo en el que se detiene en la Nueva Filología (así, además, se denomina), si bien antes, en el previo, titulado “El exilio como contexto”, nos sitúa en la circunstancia intelectual del autor. Y Balaguer habla de un “exilio existencial” en 1932, de un exilio en la vida de Ortega anterior al exigido por la guerra, de un exilio que le obligó “a pensar todas las categorías de la vida de nuevo” (p. 67) y a salir de su naufragio personal para emprender esa segunda navegación del silencio. Cuando se expatrió en 1936, Ortega decidió reservar su voz para dialogar con los clásicos, con Goethe, Vives o Cicerón (argumento que Balaguer analiza en el capítulo tercero: “*Methodus Vitae*: aplicación del método de la Nueva Filología”), hasta que, en 1945, con

su regreso a España, quiso dejar de estar callado: “Llevo doce años de silencio —escribió entonces—. Durante nueve años y medio he vivido en la emigración. En rigor, sigo en ella. Hay, pues, dos cosas, dos humildes cosas a las cuales nadie puede enseñarme: a callar y a emigrar” (p. 64). El silencio, elegido o autoimpuesto, le llevó a enfrentarse a él, a preguntarse por él; por él y por su contrapartida el decir, a través de la Nueva Filología.

Explica la autora que Ortega, aunque tuvo intención de hacerlo (quiso dedicarle un capítulo en *Aurora de la razón histórica*, libro que dejó sin escribir), nunca culminó el desarrollo de la Nueva Filología, si bien diseminó aquí y allá algunas de sus ideas, motivo por el cual parecía necesario “hacer labor de mineros (...) para reconstruir qué quiso decir Ortega con este concepto” (p. 80); Balaguer, con su precisa investigación, decidió asumir el reto y completar en lo posible el puzle. De este modo, señala que unos primeros apuntes sobre el tema se encuentran en las conferencias “Misión del bibliotecario”, de 1935, y “El hombre y la gente”, de 1936, aunque en ninguna de ellas utilizó Ortega el concepto como tal. Vinieron después nuevas referencias en “Misericordia y esplendor de la traducción” (1937) y en la conferencia “Meditación del pueblo joven” (1939), en la que ya explícitamente incluyó la terminología “Nueva Filología”. Pero las aportaciones que arrojaron más luz al respecto fueron, sin duda, una carta a su amigo el filólogo alemán Ernst Robert Curtius de 1938, los “Apuntes para un comentario al *Banquete* de Platón” de 1946 y el curso *El hombre y la gente* de 1949.

De una Teoría del decir, hablaba Ortega. Todo texto dice, establece un diálogo entre un autor y un lector, y el objetivo de la Nueva Filología debe ser acercarnos a la vida del primero, esto es, estudiar el lenguaje desde una Filosofía vinculada “a esa razón vital que arraigaba en la intimidad de lo humano” (p. 79). La Filología que se limita al estudio “de un texto como enunciado de ideas en cuanto ideas” —escribió a Curtius el 4 de marzo de 1938— se queda en una “filología abstracta”; “si, de verdad, quiere entender un texto” —añadió en esa misma carta—, tiene “que entenderlo como hacer (*Handlung*) de un hombre” y tratar de comprender “las razones o motivos procedentes de su circunstancia vital” que llevaron al autor de este texto a crearlo;

“de aquí que, rigurosamente hablando, no podemos entender una frase si no reconstruimos la estructura de la vida del hombre que la dijo o escribió”. Ahora bien —explica Balaguer—, si se dice, se calla; y lo callado puede ser tan importante como lo dicho. Un texto nunca dice todo lo que su autor quiso expresar, y por eso es deficiente; pero un texto da a entender más de lo que su autor quiso decir y por eso es exuberante; “la Nueva Filología —afirma la autora— estudia el lenguaje (...) en su estado naciente, con el fin de determinar qué mueve al hombre a decir y a silenciar” (p. 148).

Son varias las corrientes e ideas de la Filosofía del Lenguaje que se vislumbran de la Nueva Filología de Ortega, desde la Hermenéutica de Gadamer hasta la Intencionalidad de Skinner o la Historia conceptual de Koselleck. Pero, además, son muchas las ideas de corrientes de Teoría de la literatura —quien esto escribe es filóloga— que también se vislumbran es este concepto: ideas de la Estética de la recepción, la Pragmática o incluso los Estudios de traducción. Ortega nunca terminó de esbozar los principios de su Nueva Filología, pero, aun sin estar rigurosamente trazados, estos principios resultan tremendamente sugerentes. La labor de Esmeralda Balaguer ha sido rastrear su huella, y plasmarlos en el presente volumen con amenidad, sencillez y belleza para permitirnos a nosotros lectores, descubrirlos, entenderlos y asentir o negar (decir o callar) con ellos.

Margarita Garbisu

Universidad Complutense de Madrid

mgarbisu@ucm.es

DOI: <https://doi.org/10.15581/009.57.1.009>